

El Rector Garrido habla s

Entrevista de

EN el austero despacho de la Rectoría de la Universidad Nacional, dentro del barroco edificio de la Escuela Nacional Preparatoria, a donde se llega por la calle de Justo Sierra, hallamos al licenciado Luis Garrido, Rector de la Casa de Estudios.

Acudimos a él para conocer la opinión del actual responsable de la cultura superior del país, respecto al movimiento estudiantil de 1929 y a lo que se ha llamado "Generación de 1929".

El, como profesor universitario, conoce los problemas de la Institución desde hace tiempo. Algo menos delgado que antes, con la huella de los años; pero activo y con gran capacidad de trabajo, el licenciado Garrido rige la marcha de la Universidad. Le ha tocado hacerlo en esta época, cuando los problemas financieros de la misma siguen siendo arduos. Pero los afronta con inteligencia; quizás a ello le ayude su trato con las instituciones de crédito, con las empresas de seguros, donde ha ejercido su profesión.

Cuando responde a nuestras preguntas, lo hace con la serenidad y el tacto que corresponde a su alto cargo universitario.

—La generación estudiantil de 1929 —nos dice— luchó por elevar la vida cívica de nuestro país, en un esfuerzo denodado que merece el mayor elogio por su desinterés y valentía.

Y luego añade:

—Uno de los aspectos prin-

cipales de esa lucha fué el haber provocado la autonomía de la Universidad Nacional, por la que se venía pugnando inútilmente desde muchos años antes.

Pasa después a examinar otro aspecto de la cuestión y se refiere a la consolidación de la autonomía.

—Ha sido necesario —expone— hacer frente a etapas muy difíciles, tanto en el orden político como en el económico, para consolidar la autonomía. Por fin, ahora la Institución se encuentra a salvo de agresiones, cuyas consecuencias fueron funestas al impedir que se cumplieran los propósitos fundamentales que a ella le corresponden. La cordialidad de relaciones entre el Estado y la Universidad es evidente, y el espíritu de comprensión mutua y de respeto permite esperar los más plausibles resultados.

GENERACION DE NOBLE INQUIETUD

Después de referirse al problema anterior, actual y palpitante, con el tono del maestro, habla de la "Generación 1929" con benevolencia y con palabras que contienen una exhortación, al decir:

—La "Generación 1929" ha dado muestras de una noble inquietud en torno de los problemas sociales de México. Si su labor en conjunto perdura y tiene verdadera significación histórica, se haría acreedora a que se le llamara propiamente una "generación", pues no basta relacionar a los hombres con una fecha determinada, sino

que la tarea llevada a cabo dentro del marco del tiempo tenga verdadera trascendencia.

De los sacrificios realizados en 1929 —continúa— se deriva la enseñanza de que a medida que los hombres que trabajan en las instituciones de cultura superior entienden mejor cuál es su misión social, con sincero espíritu de solidaridad, los pueblos resultan mayormente beneficiados.

La "Generación de 1949" —agrega en seguida— contribuyó a poner los cimientos de una obra que corresponde afianzar a todos los universitarios. Gracias a ese loable empeño cabe afirmar que la libertad de pensamiento significa en las aulas una realidad innegable.

VIDA AZAROSA DE LA UNIVERSIDAD

La mente del licenciado Garrido está midiendo el peso de los conceptos, se advierte desde luego. Y el resultado de su reflexión lo expresa así:

—La Universidad cumple veinte años de ser autónoma y durante este tiempo no han faltado detractores que por la vida azarosa de la Institución reclamen que se le prive de su autonomía. Sin embargo, el balance de la vida universitaria en estas dos últimas décadas nos permite asegurar que si bien es cierto que se han registrado sucesos deplorables en nuestra Casa de Estudios, que a veces han retardado su progreso, el saldo final, como me lo hacía observar, justamente, el señor general don Manuel Avila Camacho, es favorable,

porque a pesar de las tormentas que se han desencadenado en la Universidad, ésta ha logrado prosperar y continúa siendo el centro de mayor cultura del país.

Pero el Rector, como buen abogado, no deja los conceptos sin definición, y afirma:

—Por otra parte, la autonomía no significa un círculo cerrado que no admite las variaciones sociales, políticas y económicas de la época, sino que estas mismas variaciones forzosamente habrán de sujetarse a una revisión universitaria, verificada la cual, se dictaminará en definitiva su procedencia o improcedencia.

Sin perder su actitud serena ni su mesura, el licenciado Garrido emprende ahora la defensa de la autonomía:

—También se ha argüido —dice— que la falta de una autoridad superior política que pueda imponer su voluntad, ha ocasionado desmanes, revoluciones y agitaciones universitarias interminables. Pero igual ha sucedido y sucede en los países libres y a nadie se le ocurre, a fin de poner coto a esos excesos, solicitar la pérdida de la libertad nacional y la sumisión a un país extranjero. Es que la libertad (autonomía), como todos los demás valores, tiene un precio. Ese precio con mucho se paga con la facultad de autodeterminación que es intrínseca a la autonomía. Además, esos sucesivos trastornos dan a entender, en términos generales, la renovación de un estado de opinión, y la opinión prevaleciente en la Universidad, como en ningún

bre la Generación de 1929

ro María Anaya

otro ente democrático, es la que debe sobrevivir.

Tras de expresar su análisis a una de las objeciones hechas a la autonomía, el Rector Garrido hace una pausa, y como cuando imparte sus cátedras de derecho, continúa la enumeración de las primeras y emprendiendo el razonamiento lógico con que las refuta o las examina:



EL RECTOR GARRIDO

DEFENSA DE LA AUTONOMIA

—Finalmente— añade—, y sólo tomando en cuenta algunas de las principales objeciones, según mantienen los adversarios de la autonomía, ésta se hace ilusoria merced a la ayuda económica del Estado. Para refutar este concepto, basta citar el ejemplo de tantas otras instituciones y a los ciu-

dadanos en general a los que el Estado presta ayuda económica y que, no obstante, guardan independencia frente al mismo, pues se organizan y funcionan a su arbitrio.

La autonomía —sigue diciendo el licenciado Garrido— produce la libertad de cátedra, de aprendizaje, de investigación, de revisión de los postu-

lados culturales predominantes, permitiendo a la vez que la Universidad sea un reflejo de la sociedad en que vive y un juzgador decisivo de las ideas que la rigen. La autonomía obliga a la Universidad a ser la exponente de la situación cultural del momento y de las personas, constituyendo el índice de la opinión general. En síntesis es autodeterminación y, ante todo, libertad.

Al llegar a este punto, el Rector parece haber encontrado su definición de autonomía, para referirse luego a su juicio sobre lo que llama clase intelectual.

—La clase intelectual— asevera— como campeona de la causa de la libertad, debe estar presente en la mente de los jóvenes que concurren a nuestra Universidad, ya que ellos representan un fermento moral y espiritual en las ideas nobles que avivan el poder de la inteligencia.

La anterior afirmación la hace el licenciado Garrido sinceramente, como profesor que desea que sus alumnos adviertan sus responsabilidades; lo que dice no es síntoma de egoísmo ni de engreimiento de profesionalista desligado de la sociedad y de la vida social. Es un propósito de provocar la conciencia de responsabilidad, según sus posteriores palabras:

PRECIO DE PRERROGATIVAS

—Si los universitarios—expone— hemos reclamado para nuestra Casa de Estudios las libertades fundamentales para su vida y prosperidad, debemos pagar el precio de tales prerrogativas. El precio de la libertad no se alcanza fácilmente, pues como dice el gran educador Dewey, la libertad descansa en un postulado moral.

Y ampliando su pensamiento, expresa:

—Frecuentemente los universitarios invocan su alto destino, para pedir especiales consideraciones. Pero no somos acreedores a tales prerrogativas si, como miembros de nuestro

Instituto, no damos pruebas de verdadera responsabilidad ética. La nación, para tener fe en aquellos que serán dueños del porvenir y de la República, espera que sepan con su estudio y sano entusiasmo honrar a su propia Casa de Estudios. No es posible creer en los sostenedores de una cultura humanista, que permiten con su conducta lesionar, gravemente, los valores básicos no sólo de la Universidad sino de la misma entraña social.

El tema se ha agotado para los propósitos periodísticos de la entrevista, y ésta termina al concluir el licenciado Garrido su exposición hecha con mesura, en su austero despacho de la Universidad, junto a los muros barrocos que han sido colegio desde hace varios siglos. Y al retirarnos, recordamos todavía estas palabras sacadas de la exposición mecánica, razonada como un alegato judicial, que nos ha hecho el Rector: “Pero no somos acreedores a tales prerrogativas si como miembros de nuestro Instituto, no damos pruebas de verdadera responsabilidad ética.”

De esta manera se epilogó nuestra conversación con el Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, quien expresó su pensamiento sobre la generación de 1929, que “luchó, dijo, por elevar la vida cívica del país en un esfuerzo denodado que merece el mayor elogio por su desinterés y valentía”. Estas palabras quedaron grabadas en nuestra mente como un fallo justiciero del más celoso guardián de la cultura de México.

(De *El Nacional*, México)